

# Confieso, soy tripofóbica

*Verónica Bujeiro*

PARA SUPERAR UN MIEDO habrá que develar los mecanismos de su trama. Equiparlos en retrospectiva al argumento de una película de serie B, sólo para guardar la ilusión de que se podrá abandonar la sala justo al momento en el que aparezca la luz y pensar que habrá un momento en que la escena principal y el grito que la sucede van a dejar de pasar. Para quien padece una fobia sabe que esa sala nunca se abandona y que sin importar cuánto se quiera distraer a la mente de aquella escena, ésta volverá incesante, inexplicable. Causa de temor y vergüenza, pues sin duda hay en ella un susurro que anticipa un estallido de locura.

Dentro de una creencia superficial, y poco cientificista, se puede decir que este es el mismo método que utilizó aquel famoso doctor para tenderle un puente a los innumbrables recovecos del horror hacia la luz reconfortante de las palabras. Son los cuentos que contaba para auxiliar a sus pacientes los que les ayudaron a sacar a ese monstruo del clóset, por decirlo de una manera por demás vulgar. Pero esta construcción sólo puede hacerse una vez que se conoce el final de la historia, en donde todos los motivos y las causas han sido revelados, con los malos muertos o al menos sedados. Es en este punto en el que “eso” ha sido arrastrado fuera de su cueva que se le puede asignar un nombre, un sonido que nos reubica dentro de una sociedad selecta que nos redime y al menos nos califica como potencialmente sanos.



La diégesis de mi fobia comenzó con un anuncio irresponsable en Facebook, en donde alguien advertía de una nueva forma de cáncer de seno. La nota venía precedida de una imagen horrorosa en donde el pecho de una mujer no solo se veía perforado por patrones perfectos como los poros de la piel, sino que de él emergían pequeñas cabezas, como semillas incrustadas que esperaban a germinar en indecibles criaturas.<sup>1</sup> Por varios días padecí una persecución de esta imagen sobre todas mis actividades, sin alcanzar en momento alguno a comprender exactamente qué era lo que me hacía espeluznarme de tal manera. Noches de sueños interrumpidos, incomodidad constante y ese presentimiento fatal que me colocaba vestida de blanco en la antesala de la locura.

Por un lado existía razonablemente el temor a la enfermedad, claro, pero en ello no recaía el problema, era en esa manifestación visual, simétrica e invadida por cabecillas en donde residía mi mayor miedo, mi peor vergüenza. Un temor tan grave que las palabras no alcanzaban a juntarse para convocar una respuesta. Intenté una sobrexposición ante la imagen para exorcizarla de mi interior, pero el resultado fue peor de lo que esperaba. El patrón se presentaba más claro y presente. En momentos de suma tensión imaginaba cómo ese padecimiento invadía todo mi cuerpo, y al mirarme de cerca, podía atestiguar cómo del interior de esos poros emergían larvas ciegas, negras y viscosas.

La piel de gallina, los sudores y la paranoia me hacían sentir como la protagonista de mi propia película de terror, pero no podía gritar o decir nada, pues ¿quién le puede creer a aquel que dice tener monstruos bajo la cama? Definitivamente me estaba volviendo loca, pensé, y preferí callar hasta que la imagen fue cediendo en el olvido. El episodio había terminado, pero las navegaciones en la red nos exponen a todo tipo de peligros, unos más extraños a los que advierten

los padres de familia o los líderes religiosos, y el encuentro con una nueva imagen no sólo me devolvería a aquel estado de indecible terror, sino que revelaría en la completa serenidad de la luz del día la verdadera e insólita razón de ese miedo inconfesable.

Esta nueva visión de horror provendría de una inocente planta llamada semilla de loto, una formación circular muy parecida a un panal del que emergen semillas. Ante su humilde presencia mi cuerpo experimentó la misma sensación que con el seno invadido: los poros se erizaron y comencé a temblar, sentí una comezón que me recorría el cuerpo, algo de asco. Pero logré sobreponerme pues en la forma de esta pobre planta reconocí el patrón idéntico de aquel seno enfermo. Había caído en una trampa y semejante afección no existía, pero mi indecible terror por el agrupamiento geométrico seguía siendo real. Unos minutos de investigación bastaron para revelarme que lo mío no era locura pura, sino diagnosticada.<sup>2</sup> Bastaron un par de *clicks* para descubrir que tengo tripofobia, o miedo a las agrupaciones geométricas juntas que poseen hoyos pequeños. El monstruo al fin había dado la cara. El alivio sobrevino, apareció la palabra “fin” y los créditos corrieron: había sido diagnosticada.

Pronto encontré foros de ayuda e información relativa a esta extraña fobia. Si bien en un principio fue descartada hasta por Wikipedia por considerarla una mera chanza, dos investigadores ingleses han revelado que un 15% de un grupo de estudio, que bien puede representar a la población mundial, la padecía con síntomas que iban de lo leve a lo severo. Algunos de los de mi especie llegan hasta a sufrir de ataques de pánico ante la exposición de imágenes que otrora parecen bastante estúpidas e inofensivas, además de vivir la incomprensión de aquellos que los rodean. Los investigadores encontraron la causa en un residuo evolutivo de la memoria en

<sup>1</sup> <http://www.boax-slayer.com/breast-larvae.html>

<sup>2</sup> <http://informe21.com/salud-y-bienestar/no-soporto-los-circulos-seguros-sufres-de-tripofobia>



la que nuestra parte animal reacciona a semejantes patrones por asociación con seres que poseen dichas figuras en sus pieles para señalar peligro, como algunos pulpos marinos.

La trama de mi película de terror no sólo me descubría cosas que ni a Juan Orol se le hubieran ocurrido, sino que también se conecta con causas relacionadas a la exposición informática de la que todos somos objeto por mero gusto y hasta adicción. Los investigadores ingleses anotan que aquellos que padecemos ansiedad y estrés —ponga su nombre aquí junto al mío— somos presa fácil de semejantes fobias, pues tal parece que al cerebro le gusta recrear los miedos en formas insospechadas que resultan a la luz del día como completamente estúpidas. Otra cuestión interesante es que aquella imagen que detonó mi padecimiento ha sido usada desde el 2003 advirtiendo de enfermedades inexistentes en los senos de la mujer como invasiones larvarias de distintos tipos. Tal parecería que, de nuevo insertos en la urdimbre de descubrir el porqué de un miedo, existen aquellos que conscientemente plantan la imagen buscando provocar algún efecto.

Con tantos datos reunidos me pregunto si debería de escribir una película de horror sicodélico en donde patrones con agujeros aterrorizan a un grupo de personas desconocidas entre sí, para luego descubrir que su miedo proviene de un pulpo gigante escondido en los mares de algún pueblo caribeño. Pero hay bastantes inconsistencias narrativas como para hacerlo pasar por algo medianamente verosímil. Ni siquiera el Santo podría combatir a los monstruos bizarros e inexplicables que guardamos en el cerebro. Además no le he encontrado un título. 🐙